



PROJECT MUSE®

Datos personales del entrevistado

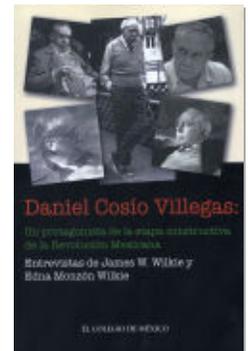
Published by

Wilkie, James Wallace, et al.

Daniel Cosío Villegas: un protagonista de la etapa constructiva de la Revolución Mexicana.

El Colegio de México, 2011.

Project MUSE. <https://muse.jhu.edu/book/74257>.



➔ For additional information about this book

<https://muse.jhu.edu/book/74257>



This work is licensed under a Creative Commons Attribution 4.0 International License.

[172.69.17.115] Project MUSE (2025-04-04 19:03 GMT)

DATOS PERSONALES DEL ENTREVISTADO

Ciudad de México, 21 de abril de 1964

JW: Licenciado, vamos a volver a hablar de sus días estudiantiles. Quisiera darnos una impresión de la vida de usted, por ejemplo en Toluca; de su vida aquí en México; de su vida personal, qué sentía, etc. ¿Cómo era la vida en esos años?

DCV: Como ya le dije a usted, yo nací aquí en la ciudad de México, y mi familia siguió los desplazamientos que le imponía a mi padre su trabajo. De modo que viví aquí los cinco primeros años de mi vida, me trasladé a Colima en el año de 1906; estuve en Colima tres años; en 1909 nos fuimos a Toluca; en Toluca vivimos de 1909 a 1914, y para el año de 1915 mi familia y yo nos instalamos en la ciudad de México de nuevo y nunca hemos cambiado de residencia.

Esto quiere decir que, parte de mi educación primaria la hice yo en Colima; que en Toluca acabé mi educación primaria e inicié mi bachillerato del cual hice los tres primeros años en la escuela preparatoria de Toluca, que tenía el nombre de “Instituto Científico y Literario Porfirio Díaz” ¡Nada menos!

En 1915 yo me inscribí en la Escuela Nacional Preparatoria, aquí en la ciudad de México. Hice los dos últimos años de mi bachillerato aquí, el cuarto y el quinto.¹ Cuando yo acabé mis estudios en la Escuela Preparatoria obtuve mi grado de bachiller. Mi padre no gozaba de una salud completa y yo tuve temor de que mi padre muriera antes de que yo pudiera conseguir una carrera profesional larga. Yo sabía que como

¹ En esos años no existía la escuela secundaria. De la primaria se pasaba a cursar cinco años de bachillerato.

hermano mayor tendría que hacer frente al problema de sostener a mi familia, entonces resolví estudiar la carrera más corta que había entonces, que era la carrera de ingeniero topógrafo en la Escuela Nacional de Ingeniería, sólo para descubrir que me fallaban mis matemáticas, que yo las había olvidado. Tuve que hacer un esfuerzo extraordinario para poder hacer frente a los exámenes. Presentados los exámenes de primer año en 1917, me convencí de que no sabría yo ser un buen ingeniero topógrafo, ni siquiera un buen ingeniero civil, y entonces tuve que regresar al problema de elegir una profesión. Y en aquella época los mexicanos no teníamos más que tres posibilidades de estudios superiores: el derecho, la medicina y la ingeniería civil, y lo que menos me desagradaba era la carrera de derecho. Entonces me inscribí en la Escuela de Derecho, y me recibí de abogado en 1925.

No sé si usted sepa que de los españoles se dice algo que se podía decir de los mexicanos de aquella época: que los dos requisitos principales para ser ciudadano de España eran ser católico y abogado. Tan general era la profesión de abogado.

Yo acabé mi carrera de abogado. Traté de ejercer esta profesión, estuve un año trabajando en un bufete grande, importante; nada menos que en el de Luis Cabrera, que como buen revolucionario estaba defendiendo entonces intereses petroleros.² Me convencí al año de que no me gustaba estar en la profesión de abogado y me metí entonces a servir al gobierno como abogado. Y fui agente del Ministerio Público, de un juzgado penal. Estuve un año trabajando. Me convencí entonces definitivamente de que no sería yo un buen abogado y resolví entonces estudiar economía, y ya le he referido a usted que estos estudios los hice en la Universidad de Harvard, después en Cornell y en Wisconsin. De allí, en 1928 fui a estudiar a la Escuela de Economía de Londres y a la Escuela Libre de Ciencias Políticas de París. Y después de cinco años de estar en el extranjero ya regresé a México y aquí me tiene usted.

² Luis Cabrera (1876-1954), Secretario de Hacienda en dos ocasiones (1914-1917 y 1919-1920). Fue un intelectual del carrancismo y muy importante. Cosío Villegas reseñaría el libro de Luis Cabrera: "Un ensayo comunista en México", en el *Trimestre Económico* (vol. IV, núm. 16, p. 439).

EMW: ¿Cómo resolvió el problema de obtener dinero para sus estudios?

DCV: Mire usted, yo fui a la Universidad de Harvard gracias a que a un grupo de norteamericanos que asistían a los cursos en la Escuela de Verano de aquí de la Universidad de México, y que se inscribieron en el curso que yo daba sobre la Revolución Mexicana, les pareció simpático que un muchacho de veinticuatro años hablara de un modo tan entusiasta de las cosas nuevas en México. Y entonces una señora White, que era viuda de un profesor de la Universidad de Harvard, juntó un pequeño fondo entre los estudiantes de la Escuela de Verano y me ofrecieron este fondo para que yo me trasladara a la Universidad de Harvard a comenzar a hacer mis estudios de economía. Después de eso tuve becas, todas ellas norteamericanas, que me permitieron hacer esos estudios.

No sé si le he contado a usted que hace años vino aquí a México, hace unos ocho años, John D. Rockefeller, que es el *Chairman* del *Board of Trustees* de la Fundación Rockefeller.³ Le hicieron una gran recepción aquí, en el hotel del Prado, en el fastuoso salón que se llama “Los Candiles”, y el delegado de la fundación Rockefeller aquí, que era entonces el señor J. George Harrar, que es el actual presidente de la Fundación Rockefeller, le dio esta recepción a John D. Y de acuerdo con la costumbre norteamericana, Harrar iba presentando a los mexicanos que entrábamos y que habíamos sido invitados para la recepción. Cuando me tocó mi turno, yo le dije a Rockefeller que tenía mucho gusto de conocer al fin personalmente a un miembro de la familia Rockefeller porque yo

³ El industrial estadounidense John D. Rockefeller, con el fin de promover el bienestar de la humanidad en todo el mundo, creó en 1913 la Fundación Rockefeller, una de las fundaciones privadas más antiguas de Estados Unidos y una de las pocas que existen con fuertes intereses internacionales. El enunciado de su misión trasluce un optimismo cristiano: “promote the well-being of mankind throughout the world” (Promover el bienestar del género humano a través del mundo).

El mencionado Jacob George Harrar fue uno de los artífices de la llamada Revolución Verde, ocupó la presidencia de la Fundación Rockefeller y estuvo asociado al Premio Nobel de la Paz Norman Borlaug, cuyos esfuerzos en la lucha contra el hambre tuvieron muchos resultados en México.

tenía ya muchos años de vivir a costas de la familia Rockefeller, y que en consecuencia yo quería dar gracias a la familia Rockefeller por esta ayuda: una ayuda personal de becas y luego una ayuda que la Fundación siempre le ha dado a El Colegio de México. Había una broma en esa observación.

JW: Ha vivido usted también muchos años de clases que da usted en El Colegio de México, sostenido por la Fundación Rockefeller.

DCV: Le debo contar una cosa que me parece de interés. Los estudios en la Escuela de Derecho tuvieron, sin embargo, en mí una diferencia muy grande por esto, porque en el año de 1920 puede decirse que la Revolución Mexicana triunfó de un modo definitivo sobre sus enemigos. Y entonces ese periodo, que se inicia con la presidencia de Obregón en diciembre de 1920, significó el retorno a México de un grupo de intelectuales mexicanos que se había ido al extranjero con motivo de la Revolución. Algunos como Vasconcelos y Martín Luis Guzmán,⁴ porque fueron a servir del lado de la revolución, y otros, como Pedro Henríquez Ureña,⁵ o como Diego Rivera,⁶ simplemente porque consideraron que mientras hubiera revolución aquí no habría muchas posibilidades de un

⁴ Martín Luis Guzmán (1887-1976), como político, estuvo ligado a la Convención de Eulalio Gutiérrez y más tarde al obregonismo. En España fue uno de los secretarios de Manuel Azaña y es autor, entre otras obras, de *La querrela de México* (1915), *El águila y la serpiente* (1928) y *A la sombra del Caudillo* (1929) y de la *Necesidad de cumplir las leyes de Reforma* (1963). Fue también un activo director, fundador y autor de diarios, revistas y libros.

⁵ Daniel Cosío Villegas como homenaje a P.H.U. (1884-1946) le dedica la sección “Teorías” de su libro *Miniaturas mexicanas. Viajes, estampas y teorías* de 1925 [en *Obras completas. Obra literaria*]: “a Pedro Henríquez Ureña, el hombre de las teorías”. Daniel Cosío Villegas llegó a reseñar en la *Revista de Filología Española* la edición preparada por el dominicano de la obra *Los favores del mundo* de Juan Ruiz de Alarcón.

⁶ Diego Rivera (Guanajuato, 1886-México, D.F., 1957) eminente pintor y retratista mexicano. Se formó en la Academia de San Carlos y en la de San Fernando de Madrid. En París fue uno de los protagonistas del cubismo. Volvió a México en 1921 e inició su labor como muralista en 1922 en la Escuela Nacional Preparatoria. Fue miembro del Partido Comunista hasta pocos años antes de su muerte.

trabajo, y entonces se fueron a trabajar al extranjero: Diego Rivera a Francia y a España, y Pedro Henríquez Ureña a Estados Unidos. Pues bien, en 1921 se inició el reingreso a México de este grupo de intelectuales que había formado una de las más brillantes generaciones intelectuales de México: la generación del Ateneo de la Juventud. El único miembro de esa generación que se había quedado en México fue Antonio Caso, y yo me hice estudiante y discípulo de Antonio Caso, tanto en la Facultad de Filosofía y Letras, donde daba un curso de filosofía, como en conferencias sueltas que daba en algunas otras instituciones. De modo que, cuando en el año de 1921 regresó Vasconcelos y fue nombrado rector de la Universidad Nacional de México, yo era entonces jefe de lo que se llamaba Departamento de Acción Social de la Federación de Estudiantes Universitarios de aquí de la capital. Entonces yo fui a ver a Vasconcelos con la pretensión de que en el Consejo Universitario se admitiera a un representante de la Federación de Estudiantes, alegando que en el Consejo Universitario había representantes de las escuelas universitarias, pero que eran representantes de los intereses parciales de cada escuela, por ejemplo, el representante de la Escuela de Medicina representaba los intereses de la Escuela de Medicina, y yo le pedía que considerara la posibilidad de que hubiera un representante de la federación porque este representante podría exponer las opiniones de todos los estudiantes universitarios independientemente de que pertenecieran a una escuela o a otra. Vasconcelos, con esa forma brusca, desconcertante, que tenía de tratar todas las cosas de la vida, me dijo que él no pensaba convocar nunca al Consejo Universitario, “porque es un organismo inútil.” Y que si yo tenía interés de participar en el gobierno de la Universidad, que a partir del día siguiente a las nueve de la mañana fuera yo a su oficina con el propósito de que él como Rector de la Universidad, Mariano Silva como secretario de la Universidad,⁷ y yo como representante de la Federación de Estudiantes, resolviéramos todos los problemas de la Universidad. Y al día siguiente, en un precioso y enorme escritorio que

⁷ Mariano Silva y Aceves (1887-1937), latinista, autor de poemas en prosa y cuentos, y universitario distinguido.

todavía anda por allí (ahora lo tiene Jaime Torres Bodet,⁸ el ministro de Educación Pública, es un escritorio de madera labrada muy bonito, y que tiene el antecedente histórico de haber sido la mesa de trabajo de don Justo Sierra),⁹ Vasconcelos se sentaba en el centro de este escritorio, de esta mesa, a la derecha Mariano Silva, y a la izquierda yo, y entre los tres resolvíamos todos los problemas de la Universidad: lo mismo las cañerías de los baños, que la Facultad de Derecho, que los planes de estudios, que los nombramientos de los profesores, etcétera.

Antonio Caso le planteó a Vasconcelos la necesidad que tenía de contar con un profesor ayudante en el curso de sociología. Y Vasconcelos me conocía. Por esta razón un día me preguntó si yo quería ser profesor de sociología. Yo le dije que yo era una persona suficientemente atrevida como para aceptar el cargo, y entonces, ¡imagínese usted!, siendo yo estudiante del segundo año de derecho pasé a ser profesor de los estudiantes de primer año de derecho en este curso de sociología que daba Antonio Caso.

De modo que esos estudios de derecho, que no aproveché en el ejercicio de mi profesión, me dieron, sin embargo, dos ventajas: por una parte, cierta formación jurídica que me ha permitido acometer muchos trabajos posteriormente, pero sobre todo la amistad con Antonio Caso, que era uno de los maestros intelectuales, probablemente el maestro mexicano de más renombre que ha habido en México en muchos años. Por lo menos saqué eso de provecho.

JW: ¿Fue usted siempre tan atrevido?

⁸ Jaime Torres Bodet (1902–1974), poeta, escritor y diplomático mexicano, fundador y Director General de la UNESCO de 1948 a 1952. Su trabajo en la alfabetización ha sido ampliamente reconocido. Se suicidó en 1974 después de una larga enfermedad. Es autor de diversos libros de poemas y de una valiosa serie de *Memorias*, entre los que destaca *Tiempo de arena*.

⁹ Justo Sierra Méndez (1848-1912), maestro, polígrafo y político mexicano. Fue secretario de la Instrucción Pública en el gobierno de Porfirio Díaz y se le considera fundador (1910) de la Universidad de México. Es autor de una biografía de Benito Juárez y del libro *Evolución política del pueblo mexicano* (1900-1902 reeditado en 1950). Coordinó la obra magna *México. Su evolución social, política y económica* (1902). Sus *Obras completas* fueron publicadas por la UNAM gracias a la iniciativa de Agustín Yáñez.

DCV: Sí. Mire usted, yo lo explico sobre todo a los extranjeros, y aun a los mexicanos, que la fuerza destructiva de la Revolución Mexicana se va olvidando, y que nosotros estamos ya acostumbrados a hablar de la Revolución Mexicana como si fuera la Revolución Francesa, es decir como un fenómeno muerto de carácter puramente histórico.

A mí me tocó presenciar esta destrucción tremenda del antiguo régimen por la Revolución Mexicana, y una de las cosas que destruyó la Revolución Mexicana, ¡parece mentira!, fue el cuadro de profesores universitarios.

Yo entré, como le explicaba a usted, a servir como profesor ayudante de Antonio Caso, por una razón: había dos profesores de sociología en la Facultad de Derecho. Uno era Antonio Caso, que no se metió con el régimen de Huerta y Carlos Pereyra,¹⁰ el historiador, que fue subsecretario de Educación con el régimen de Huerta. En consecuencia, cuando triunfó la Revolución, Carlos Pereyra se marchó a España, allí vivió hasta que murió, y regresó a México sólo como cadáver. Ese puesto que dejó vacante Carlos Pereyra lo llené yo. Lo llené yo porque físicamente había una silla desocupada y alguien tenía que ocuparla. Cuando doy una conferencia sobre la Revolución Mexicana, a mí me divierte mucho, sobre todo entre norteamericanos, preguntarles: “¿a qué edad cree usted que yo llegué a ser profesor de la Universidad de México?” No me saben contestar y entonces yo les digo que a los diecisiete. Y la gente que me escucha pone una cara de asombro y cree que estoy presumiendo, que entré de profesor universitario a los diecisiete años porque era un genio.¹¹

Yo les explico que no, que entré a esa edad por este vacío físico de falta de profesores que produjo la Revolución Mexicana. En efecto, en el año de 1917, Vicente Lombardo Toledano era profesor de ética en la

¹⁰ Carlos Pereyra (1870-1942). Historiador identificado con el porfirismo, autor de *Obra de España en América* (1920), *Historia de la América española* (1920-1924), en ocho tomos. *Hernán Cortés* (1931), *El mito de Monroe* (1916) y *El fetiche constitucional americano* (1942). Sobre esta explicación, véase Javier Garcíadiego Dantan, *Rudos contra científicos*, México, El Colegio de México/Universidad Nacional Autónoma de México, 1996, pp. 307-344.

¹¹ Véase la introducción a Cosío [N. del A.]. Se refiere al tramo de la introducción general a la obra de Wilkie hecha por Rafael Rodríguez Castañeda.

Escuela Nacional Preparatoria. Lombardo pidió una licencia y yo lo sustituí porque era necesario sustituirlo. Ya Lombardo Toledano era un profesor muy joven. Lombardo tenía entonces veintitrés años de edad.

JW: ¿Cree usted que esas oportunidades le llegaron a usted con la Revolución, entonces?

DCV: Un poco, sí; es decir, si yo hubiera vivido en una época normal me hubiera tomado mucho trabajo y muchos años llegar a ser profesor. Es incuestionable que la Revolución Mexicana produjo un vacío que se llenó a veces de un modo improvisado, a veces violento, absurdo, etc., pero eran funciones vitales que tenían que cumplirse.

EMW: Esta experiencia le habrá dado a usted mucha madurez desde muy temprano.

DCV: Sí, claro. Imagínese usted lo que representaba para mí, a esa edad, tener que examinar, por ejemplo, a mis condiscípulos. Porque en la Facultad de Derecho todos los estudiantes de primer año me veían a mí que entraba a clases como un estudiante, como estudiante de segundo año de derecho. Que un compañero de uno sea a ratos compañero y a ratos profesor, es un poco desconcertante. Y era así.

JW: Y los estudiantes, ¿cómo lo aceptaron?

DCV: Bien. Particularmente porque yo trataba de dar una buena clase. Por otra parte me protegía mucho el prestigio de Antonio Caso. Finalmente, porque yo distinguí siempre mis funciones de profesor y de estudiante. De modo que salí más o menos bien de la aventura.

JW: Con la revolución los jóvenes pudieron llegar a posiciones de mucha responsabilidad, lo que afectó mucho sus vidas, sin duda. Usted vivía en Toluca durante los primeros brotes de la Revolución, en 1910. ¿Y qué era lo que sentían allá? ¿Hubo muchos cambios en la vida de usted?

DCV: No, no. Mire. Hace usted una buena pregunta, y esto me ha preocupado a mí mucho. Es un fenómeno curioso. En 1911 cuando se produjo esta conmoción de la salida de Porfirio Díaz, había un general que a su vez era gobernador, Fernando Gómez.¹² Los hijos de Fernando Gómez eran compañeros míos en la escuela. Yo los vi salir a todos ellos, y sin embargo, no se produjo en la ciudad de Toluca lo que usted podría llamar una conmoción física bastante grande como para que hiriera los ojos de los niños que teníamos entonces diez años. La gente que vivía en la provincia, aun en una provincia tan próxima a la ciudad de México, no nos dimos cuenta de la Revolución, sino hasta el año de 1914. En el año de 1914 entraron a la ciudad de Toluca las fuerzas revolucionarias del general Francisco Murguía,¹³ y ése era el espectáculo: ver desfilar por las calles de la ciudad —y la ciudad de Toluca tenía 15 000 habitantes entonces— a estos hombres del norte que nosotros no conocíamos, que no llevaban uniforme del ejército regular mexicano, que era el único que nosotros conocíamos, que usaban este sombrero que usan en Texas, y que se usa en el norte del país, y ataviados con uniforme caqui muy semejante a los del ejército norteamericano, usando armas norteamericanas, el famoso rifle 30/30. En fin, gente físicamente distinta a la que nosotros conocíamos y, además, estos ejércitos rebeldes entraron a sustituir de un modo total y completo a las autoridades. Por primera vez nosotros veíamos a una autoridad militar, a una autoridad que disponía de vidas y de haciendas sin ningún recurso legal ni nada. De modo que usted puede decir que sólo hasta el año de 1914 nosotros tuvimos en Toluca una impresión de lo que era la Revolución Mexicana. Ni siquiera en el año de 1913 cuando “la decena trágica”, por ejemplo. En mi caso particular mi hermano mayor era alumno del Colegio Militar, y acom-

¹² Fernando Gómez fue gobernador interino del Estado de México en 1904 y posteriormente gobernador constitucional. Reelegido varias veces, renunció el 25 de mayo de 1911.

¹³ Francisco Murguía (1873-1922). Después del asesinato de Francisco I. Madero, se sumó al Ejército Constitucionalista bajo las órdenes de Pablo González. En 1914 se le nombró comandante militar y gobernador del Estado de México. Fue uno de los fieles que se mantuvieron con Carranza ante la rebelión de Agua Prieta. Se levantó contra el gobierno de Obregón en 1922. Murió fusilado.

pañó a Madero con los cadetes del Colegio Militar de Chapultepec al Palacio Nacional. Mi padre habló por teléfono ese mismo día con mi hermano para preguntarle. Pero nosotros no nos dábamos cuenta de la cosa, y éste es un fenómeno curioso que a mí me ha preocupado mucho.

JW: ¿Tenían ustedes conocimiento de la Decena Trágica, del movimiento zapatista y de los movimientos en el norte?

DCV: Sí. Pero no teníamos una visión directa; una información en el periódico. Y por otra parte, imagínese usted, un estudiante de catorce años de esa época, nosotros prácticamente no leíamos los periódicos.

JW: ¿Viajaban ustedes mucho a México?

DCV: No, no. Mire: el viaje de Toluca a la ciudad de México —y había ferrocarril desde hacía mucho tiempo— era de cuatro o cinco horas. Durante todos los años que yo estuve en Toluca jamás vine a la ciudad; vine aquí a la ciudad de México para no regresar. Es curioso. Porque hoy va usted de aquí a Toluca en media hora, en una carretera amplia y lo que usted quiera. Pero entonces, repito, había todos los días ferrocarril. Pero ni mi padre vino aquí, sino de un modo excepcional, ni mi madre, ni ninguno de nosotros, jamás vino en cinco años aquí. Quiere decir que el aislamiento era muy grande. Telégrafo había, correo había, ferrocarril había, y sin embargo, Toluca era un mundo por sí solo.

JW: Ustedes vivían casi aislados y, apenas tres años después, usted entró a la Universidad a enseñar sociología. ¡Es increíble! ¿Y tenían ustedes allá en su escuela en Toluca acceso a muchos libros?

DCV: Sí, había buenas librerías allá. Y sobre todo yo tenía la biblioteca de mi padre, que era una buena biblioteca. De modo que yo no padecía por eso. Y luego las bibliotecas públicas de entonces no eran malas. Ahora no son buenas. Por entonces no eran malas.

JW: Usted tenía diecisiete años cuando entró a enseñar a la Universidad. ¿Y cuándo se casó usted?

DCV: Yo me casé en el año de 1925.

JW: Entonces tenía usted veintisiete años.

